

precedió á los excesos de la Revolución, y fué su causa principal. ¿Quiénes fueron los hombres que provocaron aquella criminal oposición? Los sacerdotes: hoy se les celebra como á mártires, olvidándose de que comenzaron por ser ciudadanos culpables, siendo su crimen tanto más grande, cuanto que no fué el interés de la religión, sino el de la Iglesia el que les llevó á combatir la Revolución. Los mayores revolucionarios fueron los obispos, al querer restaurar los abusos que habían hecho necesaria la Revolución. El papa, pretendido vicario de Dios, predicó con el ejemplo. En vano los defensores del catolicismo tratan de amalgamar los hechos con las necesidades de su defensa, viéndose obligados á alterarlos para reconciliar á la humanidad con una Iglesia que es enemiga mortal de su libertad. Por fortuna existen las pastorales de los obispos, existen las bulas de los papas, y por ellas sabemos lo que hubieran hecho unos y otros de la Francia; si la Europa, amotinada por ellos contra la Revolución, la hubiese vencido, la reacción, en todo su bello ideal, la habría hecho retroceder hasta la Edad Media (1).

La Iglesia ya no tenía talla para luchar con la Revolución; pero bastó su funesta influencia para armar á los ciudadanos unos contra otros: una guerra fratricida fué el primer fruto de la reacción contra los principios del 89. Y no se puede decir que la religión estuviese en peligro cuando los obispos lanzaban sus pastorales incendiarias contra los decretos de la Asamblea constituyente; pero abusaban de la ignorante credulidad de las poblaciones para fanatizarlas, para excitarlas contra una revolución que las traía la libertad civil, la libertad política y la libertad religiosa, y eso era precisamente lo que la Iglesia no quería. Tal fué la reacción católica en su principio: la religión era el pretexto, la dominación de la Iglesia el fin, la ignorancia y el fanatismo los medios.

Oigamos la declaración de un contemporáneo. En 1796, Mallet-Dupan, comprometido en las intrigas de la reacción política, escribía lo siguiente: "Se ha formado en Europa una liga de tontos y de fanáticos que, si pudiesen, prohibirían al hombre la facultad de ver y de pensar; la imagen de un libro les causa estremecimiento; y fundados

en que se abusa de la instrucción, exterminarían á todos los que suponen instruidos: porque algunos perversos hayan abusado de la libertad, querrian gobernar el mundo á palos y á sablazos. Persuadidos también de que sin los hombres de talento no hubiese venido la Revolución, esperan echarla abajo con hombres imbéciles. Todos los medios les parecen buenos, menos el de cultivar los talentos. ¡Pobres gentes! No comprenden que son las pasiones, mucho más que las luces, las que trastornan el universo, y que si el talento ha sido alguna vez nocivo, se necesita mucho más talento del que tienen los malos para contenerlos y para vencerlos," (1).

La Revolución era á la vez religiosa y política. Los revolucionarios que habían conservado la fe en la religión tradicional deseaban infundir á las creencias la pureza de las instituciones y costumbres de los primeros siglos, los más bellos del cristianismo, según el abate Fleury; los otros se contentaban con la religión natural de Rousseau ó con el deísmo de Voltaire; todos querían emancipar á la Francia del yugo humillante del papado. En esta parte, los hombres del 89 y del 93 traspasaban la meta: no tomaban en cuenta la ignorancia y la superstición que la Iglesia había cultivado con afán por espacio de muchos siglos. A pesar de la propaganda de los filósofos, la nación en masa había permanecido católica. Y ¿qué sucedió? Lo contrario cabalmente de lo que se esperaba en 89; la Francia era galicana y se hizo ultramontana; así lo declaró un general de la república en el momento en que las armas republicanas iban á echar de Roma al papa. Clarke escribe á Bonaparte: "En materia de religión, nuestra revolución ha fracasado; en Francia todos se han hecho católicos romanos; se necesitan treinta años de libertad de imprenta para abatir el poder espiritual del obispo de Roma," (2).

Napoleón trató de reorganizar el galicanismo. ¡Empresa vana! Un hombre, por grande que sea, no puede variar la dirección de las ideas y de los sentimientos; el clero despojado de sus bienes, amenazado en su influencia, hallando en los hombres del poder sus encarnizados enemigos, volvió

(1) EL ABAD DE MONTGAILLARD, *Historia de Francia desde el fin del reinado de Luis XVI*, t. VIII, p. 196.

(2) *Correspondencia inédita, oficial y confidencial de Napoleón Bonaparte*, t. II, p. 430.

sus ojos á Roma, y la libertad de la Iglesia, proclamada por los legisladores del año III, no hizo más que aumentar ese movimiento hacia el ultramontanismo. Un clero independiente del Estado se hace forzosamente ultramontano, porque su existencia y su porvenir dependen del papa. Napoleón se admiró y se quejó de esa especie de apostasia, escribiendo en 1807 al ministro de los cultos lo siguiente: "Informadme de lo que es ese *Diario de los Curas*, contra cuyo periódico se alzan quejas; parece que tiene malas tendencias, y que es contrario á las libertades de la Iglesia galicana y á las máximas de Bossuet. ¿Qué extraño fanatismo es ese que tiende á destruir las doctrinas de nuestros padres? ¿Se nos quiere hacer ultramontanos? No faltaría más que predicar que el papa tiene derecho á poner en entredicho á los soberanos temporales," (1). ¿Qué diría Napoleón si pudiese ver lo que pasa bajo el reinado de un emperador heredero de su nombre?

En aquella conversión de los galicanos á las máximas de Roma en vano se buscará un sentimiento religioso; el ultramontanismo no tiene nada de común con la religión; su tendencia es dominar sobre los reyes, subordinar el Estado á la Iglesia, mantener á los pueblos en la ignorancia, en la superstición y en la servidumbre. Roma católica es la heredera de Roma pagana; se cree llamada á extender su dominación sobre el mundo entero, y lo que menos entiende de todo es la libertad. La reacción católica es, en definitiva, una reacción contra los principios del 89, un movimiento contrarrevolucionario.

II

Napoleón desempeña su papel en esa obra; él también fué un contrarrevolucionario, llamándose heredero de la Revolución; pero aceptó esa gloriosa herencia á beneficio de inventario, y lo único que de ella conservó fué precisamente la exageración de la igualdad, la confusión de la libertad con el sufragio universal, el lado malo de los principios del 89. La Europa coligada contra la Francia revolucionaria tampoco amaba la libertad así mutilada, y la igualdad también la causaba horror; con-

(1) *Carta del 14 de Agosto á Portalis (Correspondencia de Napoleón I)*, t. XV, p. 622.

cluyó por vencer á su terrible adversario, pero fué escribiendo en su bandera la palabra libertad, de la que era declarada enemiga. A esa odiosa hipocresía añadieron otra más criminal aún aquellos soberanos: afectaron sentimientos religiosos y parodiaron el lenguaje del Evangelio en sus tratados. Según ellos, iban á tomar el cristianismo por regla de su conducta; todas las naciones cristianas no debían formar más que una sola familia, y ellos, como príncipes y como servidores de Dios, se consideraban llamados por el Señor á gobernar las diversas ramas del género humano (1). Los pueblos fueron engañados por las profesiones religiosas de sus soberanos, como lo habían sido por sus proclamas liberales, y todavía hoy hay escritores que toman por lo serio el charlatanismo bíblico de la Santa Alianza. Los reyes, dicen, lo mismo que las naciones, combatían por su independencia y habían llegado á desesperar del porvenir, cuando una catástrofe imprevista y espantosa reanimó su valor: ¿cómo no habían de ver la mano de la Providencia en aquella milagrosa salvación? Así es que se humillaron ante Dios, y aquellos sentimientos cristianos penetraron en el mundo político (2).

Sabiendo lo que pasó en el congreso de Viena, no se puede ver más que una engañifa en aquella profesión de sentimientos evangélicos. Los príncipes, tan imbuidos de la fraternidad cristiana, estaban á punto de desgarrarse entre sí. Lo que hay de cierto es que la filosofía del siglo XVIII quería destruir el cristianismo tradicional y que el espíritu de los filósofos inspiraba á la Revolución. Bajo ese concepto se puede decir que hubo un elemento religioso en las largas guerras de la Revolución y del imperio. Hubo una época en que los legisladores republicanos tuvieron la ambición de reemplazar el cristianismo con una nueva religión. Napoleón puso fin á aquellos ensueños; pero él mismo era declarado enemigo del espíritu ultramontano, que comenzaba á invadir el mundo católico; y al apoderarse de Roma, trasladando el papado á París, iniciaba un cisma. Si Napoleón hubiese triunfado, habría él sido papa más bien que Pío VII. Bajo este punto de vista, se puede decir, con un escritor alemán que ha desempeñado un gran papel en la reacción católica, que la lucha de

(1) *Tratado de la Santa Alianza*, del 26 de Septiembre de 1815.

(2) GISELER, *Kirchengeschichte*, t. v, p. 9 y siguientes.

la Europa contra la Francia era no menos religiosa que política. La victoria, por consiguiente, debía aprovechar al cristianismo tradicional tanto como á la monarquía, y por eso la restauración de las antiguas dinastías vino á ser una restauración del antiguo culto (1).

¡Qué religión, gran Dios! La restauración de 1814 es todo menos un renacimiento religioso. Sigamos un momento al papa y á los obispos al congreso de Viena. Pío VII presentó un proyecto de restauración ante el cual palidecerían todos los ensueños de los restauradores de lo pasado: borraba de una plumada la Revolución y el imperio; pero en cambio proponía reconstituir el santo romano imperio, lo cual hubiera equivalido á resucitar los muertos. Excusado es decir que el papa establecía todo el régimen de la Edad Media, los diezmos, los bienes eclesiásticos, las inmunidades del clero y el tribunal de la inquisición (2). Esto pudiera creerse un juego ó un acto de locura; pero nada había más serio, y lo prueba el que las mismas proposiciones se reprodujeran por los obispos de Alemania, como si fueran una consigna.

Los delegados del episcopado alemán reclamaron por de pronto el restablecimiento de los principados eclesiásticos. Y se preguntará: ¿qué tenía que ver con la religión la soberanía ejercida por medio de obispos? ¿Había venido por ventura Jesucristo á fundar un imperio de este mundo? El Maestro y sus discípulos despreciaban las riquezas y el poder; buscaban el alma y no los intereses. Pero los restauradores del siglo XIX proceden al contrario: "Los hombres de Estado, dicen ellos, que presiden á los destinos de la Europa están perfectamente convencidos de que nunca ha tenido la religión mayor necesidad de verse robustecida con los medios necesarios, para dar fuerza á la doctrina del divino Maestro y para volver á la fe á un siglo degenerado," (3). La Iglesia alemana pedía además la restitución de los bienes de los que le habían despojado la Revolución y el imperio: "La piedad renacerá en el corazón de los pueblos, los cuales volverán al sentimiento de la verdad, de la justicia y de la equidad, y una nueva generación,

(1) F. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte* (lecciones XVII y XVIII). *Obras completas*, t. XIV, p. 204 y sig., 234.

(2) Véase mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte tercera.

(3) *Congreso de Viena, Colección de documentos oficiales relativos á esa asamblea*, t. I, p. 168.

llena de virtud y de fuerza, reemplazará á la actual generación," (1).

Hé aquí la restauración religiosa pintada por sí misma: necesitaba principados y necesitaba riquezas, creyendo tal vez que sólo cuando los obispos gobiernan mal á sus desgraciados feligreses es cuando éstos vuelven á la religión, y que sólo puede florecer la piedad cuando el clero disipa en el lujo y en la relajación el patrimonio de los pobres. ¿A quién se dirigían esas singulares instancias? Casi todos los príncipes que habían vencido á Napoleón eran herejes ó cismáticos. ¿Cómo habían de auxiliar á una restauración del catolicismo? Era, pues, evidente que para ellos no era la religión el fin, sino un medio. Los restauradores ortodoxos apelaban al interés de los soberanos no católicos: "La armonía de los príncipes justos y religiosos con la Santa Iglesia hará que los pueblos respeten y amen un gobierno paternal, y este precepto del Evangelio: *dad al emperador lo que es del emperador y á Dios lo que es de Dios*, se imprimirá en todos los corazones." A palabras tan dulces añadían los restauradores católicos amenazas muy significativas. Si la Santa Iglesia se ve oprimida, los creyentes vacilarán en su fe ó se harán indiferentes: "*La influencia de semejantes sentimientos en el mantenimiento de la tranquilidad exterior no puede ser dudosa*," (2). De esta manera Roma garantizaba la obediencia de los pueblos, á calidad de que los soberanos atendieran las pretensiones de la Santa Iglesia; de lo contrario...

Nada hay tan meticuloso y tan ciego como el interés. Los príncipes católicos, convencidos de que la Revolución era la obra del espíritu de independencia que había agitado al siglo XIX, se arrepentían de haber dado oídos á los filósofos y haber resistido al padre santo, y favorecían la restauración católica, aun á costa de su soberanía. La ceguera de esos príncipes se comprende; pero ¿qué se puede decir de los protestantes y cismáticos? ¡Cosa singular! A éstos fué á los que se dirigió con preferencia Pío VII para obtener la restitución completa del patrimonio de San Pedro, encontrando en ellos tan favorable acogida, que reunió un consistorio para hacer pública manifestación de su

(1) *Congreso de Viena, Colección de documentos oficiales relativos á esa asamblea*, t. I, p. 173.

(2) *Congreso de Viena, Colección de documentos oficiales relativos á esa asamblea*, t. I, p. 173, 171.

reconocimiento en el seno de los cardenales. El papa elevó hasta los cielos al emperador Alejandro, al papa griego; al rey de Prusia, papa luterano, y al rey de Inglaterra, papa anglicano: hé ahí una imagen de los sentimientos que animaban á los restauradores (1). Se dirá que eso era fraternidad evangélica; no, era indiferencia que hacía de la religión un instrumento de contrarrevolución, porque á esto es á lo que llegó la restauración del catolicismo, la cual tuvo por intérprete á un publicista que adquirió grande autoridad en el mundo político. ¿Por qué se convirtió á la religión de Roma Luis de Haller? ¿Y qué doctrina enseñó en su *Restauración de las ciencias políticas*? La libertad protestante le aterraba; necesitaba el absolutismo así en la Iglesia como en el Estado. Recuérdese lo que era el antiguo régimen en Suiza, en Alemania, en Francia: en todas partes el privilegio, una monarquía podrida, una aristocracia decrepita, el pueblo humillado y explotado, encadenada la inteligencia. ¡Y al intento de restablecer esa obra de iniquidad se le llamaba restaurar la religión de Cristo!

El 7 de Agosto de 1814 restableció solemnemente el papa la orden de jesuitas. ¿Eran acaso los reverendos padres los misioneros del Evangelio? Ellos se llaman discípulos de Jesús por excelencia, pero nunca se ha dado nombre más mentiroso. Tal vez haya que decir que esa mentira es el símbolo de la institución. Para los jesuitas, todo sirve de medio y de instrumento; el fin es lo que buscan, y éste consiste en la dominación del catolicismo y su propia dominación. ¿Puede tratarse de religión cuando se rebaja ésta á la esfera de un cálculo político? La Compañía de Jesús se fundó para combatir el protestantismo, ó sea el primer albor de la libertad de pensar. Pío VII la restableció para continuar la lucha contra las ideas de libertad. Hé ahí por qué los mismos príncipes que habían estrechado al papa para que aboliera la orden aplaudieron su restablecimiento. Por el contrario, los pueblos tomaron aversión á los jesuitas, y así se ve que cuando el despotismo triunfa reaparecen los padres; y cuando la libertad alborea, el primer acto de los pueblos emancipados es echar á los jesuitas, que, cómplices de Fernando y de don Miguel, caen y se levantan con ellos. Roma, en el

(1) RANKE, *Fürsten und Völker Süd Europa*, t. IV, p. 281 y siguientes.

momento que se ve libre, se apresura á expulsar esa orden funesta; la Italia emancipada no los quiere. ¡Negra ingratitud! se dirá. En efecto, son los discípulos los que echan á sus maestros; pero falta saber si eso es una acusación contra los discípulos ó contra los maestros.

III

Conocidos los instrumentos de la reacción religiosa, está conocida la obra. Los escritores católicos gustan de embellecer ese movimiento, y no se recatan de hablar del carácter político que le distingue. Hay más; niegan que la Iglesia haya sido nunca enemiga de la libertad. Pero veamos á los reaccionarios dando mano á la obra en el país que tomó la iniciativa de las revoluciones. Apenas los Borbones volvieron á sentar el pie sobre el trono de sus antepasados, el clero comienza á agitarse, y, bajo su tenebrosa influencia, la restauración entra por el funesto camino que conduce á una nueva catástrofe. El 7 de Junio de 1814, tres días después de la promulgación de la Carta, apareció la famosa ordenanza sobre la observancia forzosa de los domingos y días de fiesta: era preciso ser católico ó sufrir una fuerte multa. Los no católicos se vieron obligados á manifestar sentimientos ortodoxos poniendo colgaduras á sus balcones al pasar la procesión del Corpus: ¡singular muestra de religión la de cometer actos de superstición ó de idolatría! (1). ¿Y qué puede decirse de la reconstitución del patrimonio de la Iglesia? Hombres verdaderamente religiosos y comprometidos en la reacción política recordaron las enseñanzas de la historia: los sacerdotes, dijeron, son hombres y no conviene exponerlos á la tentación de las riquezas. Pero ¿qué respondieron los defensores del clero? "Nuestros padres no acusaban á la religión de las culpas de sus ministros, así como no imputaban á la monarquía las faltas de sus reyes; estaba reservado á la filosofía moderna el rebajar el pensamiento viendo siempre al hombre y nunca la sociedad," (2). Estas palabras son de un famoso restaurador, son de Bonald. Pero ¿no es eso viciar la esencia misma de la religión? ¿Por ventura Jesucristo

(1) LUIS DE VIEL CASTEL, *Historia de la Restauración*, t. I, páginas 485-487.

(2) Palabras de BONALD, *Historia de la Restauración*, por VIEL CASTEL, t. IV, p. 489-493.

se dirigía á la sociedad ó á los individuos? ¿Es la sociedad ó es el hombre quien debe procurar su salvación? Y si los individuos se corrompen y se pierden, ¿no se verá la sociedad viciada y perdida?

Las pretensiones de la Iglesia tendían á absorber el Estado y su poder soberano. Una ley de la Revolución le había quitado la extensión de documentos y actas del estado civil, y se propuso restituírsela, diciéndose que era un excelente medio de restablecer la influencia del clero y de corregir las costumbres. ¡Corregir las costumbres despojando al Estado en provecho de la Iglesia! Más todavía que el estado civil preocupaba al clero la instrucción pública, no porque se interesase en el progreso de las luces: harto tiempo había tenido el monopolio de la enseñanza sirviéndose de él para no enseñar; pero así es como entendía restaurar la enseñanza. ¡Cosa notable! Uno de los criminales de la Universidad, ante los ojos de los reaccionarios católicos, era el patriotismo que alimentaba en la juventud: los alumnos de los institutos y liceos habían tomado parte en la defensa de París contra el extranjero, crimen que no tenía expiación para hombres que no tenían más patria que Roma (1).

No queremos continuar la historia de la restauración religiosa en Francia, porque ya se sabe hasta dónde llegó: los excesos del partido sacerdotal fueron los que trajeron una segunda revolución. Los jesuitas desempeñaron un gran papel en las tenebrosas intrigas de lo que se llamaba la congregación. Cierto que se las ha negado; pero á esas negativas opondremos nosotros el testimonio de un ilustre contemporáneo. *Lamennais* escribe en visperas de la revolución de Julio: "Lo más deplorable que hay en esto son las bajas extravagancias del clero; si la religión se pierde en Francia, él, solamente él, será quien la haya perdido; no os podéis formar idea, ni aun por las pastorales de los prelados, del idiotismo de la gente devota. Me veo obligado á decir que los jesuitas son los que juegan en esto el papel principal, habiendo venido á ser los granaderos de la locura: *no lo harían mejor si su objeto fuese abolir el catolicismo en Francia*," (2). Esa carta es del 25 de Junio de 1830.

Si hubiera de creerse á los apologistas de la

(1) VIEL CASTEL, *Historia de la Restauración*, t. IV, p. 484 y siguientes.

(2) Carta á la condesa de Senft (*Correspondencia de Lamennais*, t. II, p. 145).

Iglesia, no trata ésta de restaurar los abusos de otra época, ni pide más que libertad. Si, libertad allí donde no puede tener dominación abierta y donde trata de adquirirla á la sombra de la libertad. Pero cuando tiene el poder, arroja la máscara, y la libertad viene á ser tiranía intelectual. Lo estamos viendo en Bélgica. En 1814, los obispos reclamaron el que se volviese al antiguo régimen, al restablecimiento del poder eclesiástico, á los privilegios é inmunidades del clero, incluso el diezmo, y rechazaron la libertad de cultos, aun en lo puramente civil, como un atentado á la libertad de la Iglesia. Tales son los verdaderos sentimientos del catolicismo. En 1814, el episcopado belga, fuerte con la influencia que ejercía en las poblaciones, cuya ignorancia y fanatismo había cultivado, declaró en alta voz todo lo que pensaba. En 1830 cambió la escena; era necesario contar con la opinión liberal que había hecho la revolución. El partido católico no habla más que de libertad, pero es porque cuenta con ejercer el mando á la sombra de esa libertad.

Volvamos á Francia. La vuelta al antiguo régimen y á los buenos tiempos en que la Iglesia católica dominaba sobre las conciencias, ¿significaba por lo menos el retorno á la fe? En apariencia, así era; los periódicos de la reacción se complacían en referir que regimientos enteros, educados en la incredulidad de la Revolución, habían sido tocados súbitamente de la gracia y conducidos á los altares por sus oficiales; llovían conversiones. Se imaginó el medio de enviar misioneros por toda la Francia, los cuales alcanzaron éxito maravilloso con las mujeres y con las personas nerviosas por lo virulento de sus discursos; pero cuando la conmoción nerviosa cesaba, la religión desaparecía también. Los misioneros, dice un historiador muy moderado, eran más á propósito para tratar á salvajes que no á los hijos de Voltaire y Rousseau: ignorantes y nada cultos, no debían el ardor de su fe más que á su grosera ignorancia (1).

El fanatismo y la ignorancia siguen siendo el más bello ornamento de la reacción católica. En Francia, la restauración política trajo en pos de sí una restauración religiosa. La alianza de la religión y del realismo era una de las máximas del antiguo

(1) VIEL CASTEL, *Historia de la Restauración*, t. IV, p. 474-477; tomo VI, p. 410.

régimen tan grato á los Borbones. Cuando la muchedumbre de ambiciones vió á los príncipes frecuentando los templos, hicieron de ellos su punto de reunión, porque la hipocresía es la lepra de las épocas reaccionarias. ¿Se contarán también entre los hombres á quienes ha tocado la gracia á esos miserables incrédulos de la vispera, católicos del día después, mañana ateos ó mahometanos si es preciso? (1).

IV

Un escritor político, hombre de fe, el conde de Montalembert, celebra los milagros producidos por la reacción religiosa, los progresos realizados en el orden intelectual, en las artes y en la historia bajo la inspiración del catolicismo, y ensalza sobre todo la renovación de la vida interior: "Que nos digan los sacerdotes de todas las categorías si no es cierto que desde hace veinte años es incontestable el progreso espiritual, sobre todo en la juventud instruida, en las clases acomodadas é ilustradas, en las cuales la incredulidad reclutaba otras veces su ejército con impía regularidad," (2). Muchas reservas habría que hacer relativamente á ese entusiasmo. ¿Es la juventud la que debe deponer en favor de la regeneración religiosa? Y ¿cómo ha sido llevada la juventud á la religión? Apoderándose de los niños desde el día que salen del seno de su madre, educándoles en las prácticas de un culto que no pueden comprender, emponzoñando su inteligencia, comunicándoles una ciencia viciada, y cuando se ha llegado á ponerles una venda en los ojos, se decanta su ciega fe! No negaremos que pueda haber almas convencidas, generosas y llenas de abnegación en medio de ese movimiento; lo creemos de muy buen grado, y nos complacemos en creerlo así, porque preferimos la fe, aun cuando ciega, á la hipocresía. Pero la gran masa de los que llenan las iglesias, ¿está animada de esos sentimientos?

Un hombre cuya fe sincera nadie puede poner en duda, M. de Broglie, confiesa que la revolución del 48 ha sido el más eficaz de los predicadores de la reacción religiosa. Esa influencia la representa á

(1) VIEL CASTEL, *Historia de la Restauración*, t. IV, p. 472 y siguientes.

(2) MONTALEM., *De los intereses católicos en el siglo XIX*, § 2.

través de un prisma poético: "En un abrir y cerrar de ojos, en aquel día de terrible memoria, toda una sociedad se abismó como al sonido de una lúgubre trompeta. Todas las existencias brillantes ó modestas que se creían aseguradas sentían temblar bajo sus pies el suelo que las sustentaba. Al propio tiempo, hombres hasta entonces resignados con las faenas de una condición penosa se sentían devorados por el fuego de desconocidas concupiscencias. Todo lo que estaba elevado se aprestaba á caer; todo aquel que sufre pretendía gozar; era aquel un grito general de agonía y de avidez; era un combate de sorpresa, de terror y de esperanza. El alma humana está formada de tal modo, que el temor y la esperanza son dos sentimientos religiosos de su propia naturaleza, y de los cuales es la oración expresión involuntaria. Cuando los hombres se aterroran ó se prometen mucho del porvenir, su pensamiento se dirige naturalmente hacia el Soberano Señor, de quien depende el porvenir y quien tiene únicamente su secreto. Y así se vió, después de los terribles días del 48, que aquellos á quienes espantaban como aquellos á quienes exaltaban los nuevos y misteriosos destinos de nuestra patria, se agolpaban juntamente al pie de los altares, los unos para pedir gracia del castigo que les amenazaba, los otros para asociar las bendiciones religiosas al triunfo prematuro de sus quiméricas esperanzas," (1).

Hé ahí la poesía de la reacción religiosa que vino en pos del cataclismo del 48. En el día sabemos ya á qué atenernos respecto á los sentimientos cristianos que animaban á la democracia socialista. Cierto, si el cristianismo hubiese querido hacerse cómplice de sus culpables ensueños, aquélla hubiera adorado al Cristo. ¿Habría que añadir que el espiritualismo que predicó Jesucristo hace dos mil años no tiene nada de común con las aspiraciones materiales del socialismo? Es, por consiguiente, embellecer demasiado los hechos el querer convertir en discípulos de Cristo á hombres que eran de todo en todo hostiles á la predicación evangélica. Nosotros hemos oído á uno de los órganos más moderados de esa democracia pronunciar palabras siniestras contra el cristianismo: sería preciso destruirle por la fuerza, y caso necesario, ahogarle en

(1) ALB. DE BROGLIE, *Caracteres de la polémica religiosa en la actualidad* (*El Correspondiente*, t. XXXVII (1855), pág. 489 y siguientes).